

LUIS MERINO REYES

EL CRIOLLISMO DE CARLOS ROZAS

CARLOS ROZAS LARRAÍN era desconocido como escritor hasta hace muy poco tiempo; pero en 1960 publicó su primer libro "Isla Negra" —libro de indudable éxito, que se agotó con rapidez y que exhibía una portada, con un mapa arcaico, ilustrada por el propio autor. Recordamos esto porque Carlos Rozas era sin la literatura, una persona conocida en Chile, agricultor, hombre de negocios y hasta diputado, de suerte que la publicación de sus trabajos literarios no hizo más que señalarlo en la suprema aristocracia que corresponde, sin duda, a los creadores artísticos. Más de una vez hemos visto a multimillonarios capitanes de industria que, inconformes con estos apreciados y envidiados atributos, desean ser calificados como ensayistas, cuentistas y poetas. Materia ésta que no debe tampoco observarse con superficialidad, si consideramos parcamente que la obra literaria no es más que el testimonio de lo que se ha vivido, a lo menos para quienes no se incluyen entre los literatos puros —esas montañas de grafito, como se llamaba a Flaubert— que prefieren un árbol pintado a un árbol real, apenas sensitivo, capaces de encontrar cursi en sí misma una puesta de sol, si el pintor no ha tenido la oportunidad de recrearla.

Son muchos los hombres de empresa, antiguos emigrantes, viajeros de cubierta, forjadores de fortuna, celadores escrupulosos de grandes herencias que han pergeñado sus recuerdos en cuentos y novelas. No siempre, por cierto, han logrado llegar a la difícil expresión artística, a esa universalidad mons-

truosa que, partiendo de claves comunes a todos los hombres, estabiliza la prosa de una ficción. Un estudioso chileno nos refería que de un promedio de quinientas novelas publicadas, trescientas cuarenta son únicas y corresponden a narraciones de sucesos personales, subjetivos, confesionales, o bien tan objetivos que el autor no ha podido prescindir de publicarlos. Estas novelas memorias fluctúan entre la auténtica creación literaria y el documento que todo ser vivo, sea conquistador de tierras o de amores, puede dejar a la posteridad. No olvidemos que la engañosa posibilidad de escribir está al alcance de todo el mundo y no exige, al parecer, como en el caso de la música o de la pintura, una técnica especializada, la iniciación en un proceso expresivo hermético, para quienes son capaces de admirar la obra hecha, pero carecen de la destreza inherente a su ejecución.

Lo escrito tiene acaso por finalidad escarmenar en cierto tipo de dificultades que probablemente se han interpuesto entre el anhelo expresivo de Carlos Rozas y su maduración. Pero el autor, por un sentido de las cosas muy plausible, guiado tal vez por cierta cazurrería criolla, muy de huaso, que va de extremo a extremo en nuestras clases sociales, no tuvo prisa en publicar y apareció con su primer libro, cuando era más que un hombre maduro y los años empezaban a mostrarle los hechos, los seres, la vida en su más sabroso y límpido contorno. No obstante, los estímulos no dejan de producir su efecto, de imponer un positivo beneficio. Al éxito del primer libro de Carlos Rozas, se agregó su distinción en el último Concurso de cuentos organizado por la revista norteamericana "Life", y que reunió cerca de dos mil concursantes. No conocemos el cuento laureado de Rozas, pero en cambio hemos leído otros venidos de su pluma y escritos en forma maestra. Ahora, en cambio, tenemos en la mano "Campo Viejo", la última publicación de Carlos Rozas Larraín, de cuyo nombre ya no se podrá prescindir, indudablemente, en los recuentos y estudios literarios del futuro.

Algunos creen que escribir una novela es más fácil que lograr un buen cuento, redondo, de línea justa, sensible, estricta. Una novela permite insertar, en el curso de la acción, todo lo que al

autor le resulte atractivo, orientado hacia la única mira que puede interesar a un novelista: la permanencia sostenida junto a su libro, del lector. El renglón escrito no es más que tinta muerta, inmóvil, es preciso que esa mitad completa que aporta el que escribe, vuelva a ser vitalizada por quien lee. En esta conjunción de dos sensibilidades, en este retorno al momento inicial de la tentativa literaria, reside, según algunos, el primer misterio de la literatura.

Pero sigamos con la reciente novela de Carlos Rozas, su "Campo Viejo". Aparece publicada cuando se intensifica el desprecio de algunos sectores literarios nacionales, a la literatura criollista; cuando, según más de un opinante, Mariano Latorre a quien debe considerarse, con justicia, uno de los más tenaces cultores de nuestro criollismo, es mirado y sentido como un escritor muy arcaico, que hubiera muerto muchos años antes de la fecha tan próxima en que efectivamente falleció; cuando se analiza y recomienda la obra vernácula de un escritor joven y se advierte que se trata de un renovador del criollismo, capaz de interpretar hombres y paisajes, sin permitir que la unidad humana se pierda en el adoso de los campos, las aguas, los ríos y la selva. Pero Carlos Rozas que ha sido elogiado últimamente nada menos que por Alone, uno o tal vez el más efectivo contradictor del criollismo, es un escritor integralmente criollista. ¿Qué ha influido en esta salvedad, en esta excepción de no censurarlo como a los demás, como a la gran mayoría de los otros, dejando aparte a esos dos puntales de nuestra literatura de la tierra y del mar, en prosa y en poesía, que se llaman Federico Gana y Diego Dublé Urrutia? A nuestro juicio, ha determinado el éxito de Carlos Rozas Larraín, su autenticidad, su concepto no expresado, pero llevado al dinamismo literario, de que el libro no es un fin en sí mismo, no es una causa, es más bien un efecto, la huella, el testimonio, de un suceso vital. La aventura, la proeza, la hazaña las vive el hombre; con frecuencia, el mismo actor las olvida, o las narra rectificadas imperceptiblemente por la memoria que nos impide morir de pena o volvernos locos de alegría, o bien quiere retornarlas a su contemplación, de las páginas de un libro. Este vitalismo, esta acomodación de la vida con el trasunto literario

es otra de las características de la literatura criollista de Carlos Rozas. El lector advierte, guiado por ese instinto infalible que posee la mayoría de los lectores, más agudo de lo que los escritores se imaginan, que la anécdota del narrador no le ha sido contada, que su hazaña, por dificultosa que sea, con todos sus riesgos, primero la ha vivido él mismo. Todo esto rige en cuanto a la mecánica del suceso, pero también tiene importancia que la visión del ambiente venga de unos ojos diestros, habituados a mirar su escenario, a descubrir volúmenes insospechados, tenues matices.

“Llegó septiembre —escribe Carlos Rozas, en su “Campo Viejo”—, y las ramas lacias de los sauces, que habían sido pardas, comenzaron a vestirse de un tono verde tan pálido, que parecía más bien, adivinarse.

“Los cerros —con los primeros soles— se fueron cubriendo de una tupida alfombra de pasto tierno, y las mañanas, frías aún, se alegraban ya con destellos dorados.

“En las huertas, los membrillos y los perales mostraron luminosas florecencias, y el coral de los duraznos fue un regalo de cumpleaños para la tierra que despertaba. Sobre los techos de paja negruzca de los ranchos se elevaba en las mañanas, un vaho blanco, cuando el sol caldeaba la costra de humedad, en que el musgo ponía manchones verde aceituna.

“Por las tardes se encendían fogatas frente a las chozas, en los patios oreados y duros. Fogatas claras que, desde lejos en el campo, parecían estrellas que hubieran caído.

“Las madrugadas se fueron haciendo cada vez más transparentes.

“En los faldeos y en los llanos, los espinos se cubrieron de motitas amarillas, y su perfume llenaba el aire.

“Los animales principiaban a cambiar su largo pelaje de invierno por otro nuevo, lustroso y brillante. Yo los veía restregar perezosamente sus costillas contra las filosas aristas de los cercos, para dejar enredados grandes plumones muertos, que después esparcía el viento. Luego observaban con ojos húmedos el nuevo terciopelo de sus flancos y partían corriendo con

largos saltos, jugueteando y llamándose. Había en todo una explosión de savia y de vida fuerte.

“Vivíamos a caballo. Acompañábamos a mi padre cuando revisaba los potreros, en que las crianzas pastaban la ballica tierna de los bajos y el trebillo de los faldeos; cruzábamos los trigales recién espigados, sacudidos en anchos oleajes por la caricia fría de los vientos sures.

“Desesperando a los perros, las perdices se llamaban sigilosas, entre las yerbas, con su silbido breve, de dos notas que se cortan en punta.”

Hemos elegido un trozo sugerente. El observador campesino frunce los ojos, aspira su atmósfera, se decide a retratarla; hay cierto riesgo de incurrir en la nomenclatura —aquello que le valió tantos ataques a Mariano Latorre—, pero en seguida la visión morosamente escrita, poética, se impone.

¿Pero es ésta una novela con un suceso dramático, y aunque no se alcance a él, con esa tensión de personajes arquetipos, esencias humanas, más llenas de vida que los mismos seres vivos que vemos mezclados en la multitud? Opinamos que no. Este “Campo Viejo” de Carlos Rozas está repleto de seres vivos, vistos en su perspectiva justa, apenas modificados por el autor, no son creaciones literarias, ni personajes símbolos que se completan y contrastan. Han tenido sí la suerte de que alguien, guiado por una impulsión sensible irrenunciable, los relate. Es eso, primordialmente, la novela de Carlos Rozas, un magnífico relato, de ahí que más de algún comentarista diestro, al leerlo, haya pronunciado el nombre inolvidable de Vicente Pérez Rosales. Es posible que el suceso mismo de la novela se extinga en la página 57, donde se esboza el homicidio cometido en una reyerta juvenil por el padre, a quien salva la lealtad heroica de uno de sus inquilinos. Después, el autor tiene la maestría de extender su narración y de llevarnos en viaje urgido a la cordillera, montados todos en buenos caballos, con una abundante tropilla de mulas, a comprar animales argentinos. No es una cordillera oleográfica, es una mole apenas accesible que se respira y cuyos peligros silenciosos o atronadores, logran cortarnos la respiración.

“El cajón resonó con los silbidos y los gritos apresurados. Pronto el piño, acosado a rebencazos y atropelladas, tomó un trote ligero y arreamos al galope contenido de los caballos entre una nube de tierra y un trueno sordo de cascos y mugidos. Los perros ayudaban con sus ladridos estridentes, y donde arremetían, se formaban largas brechas de animales que corrían escapando de los agudos colmillos.

“Por suerte el cajón era, en aquella parte, ancho y llano e iba bajando en pendiente apenas perceptible. El viento cálido nos hostigaba de firme, sacudiéndonos las mantas y tirándonos los sombreros a la nuca, donde quedaban sujetos por el fiador. Así corrimos largo rato y, en la creciente oscuridad, alcanzamos a divisar una estrechura del valle, allá, más abajo, donde me señaló Perucho que estaba la Casa de Piedra.

“De pronto sobrevino en el cielo una claridad lívida; zigzagueó un relámpago como un latigazo, y un trueno que retumbó en las sierras con estruendo de terremoto hizo santiguarse a Lucas, que venía atrás, arreando con nosotros.

“Los animales corrían ya, como río en avenida.

“Unos goterones como nueces repiquetearon en el ala de los sombreros, y sobre la tierra hicieron cantaritos de barro.

“Frente a mi vista venía acercándose una nube tan baja y espesa, que me pareció que nos iba a envolver, como una manta. El viento la traía volando hacia nosotros. Pero, antes de llegar, se deshizo de pronto en una cortina de agua, que fue lo mismo que si se abriera una compuerta en el embalse de los cielos negros.

“Tres o cuatro relámpagos, como trabucazos, iluminaron la tarde con una claridad cegadora, y el retumbo horroroso de los truenos nos detuvo en seco, de rempujón.

“La violencia de la nubada, al azotarnos de frente, produjo en el piño, que corría desatentado, un efecto extraño. Los novillos punteros se volvieron, queriendo escapar hacia atrás, y en la anchura del cajón que formaba allí una explanada cerrada al frente por la mole oscura de unos cerros que no distinguíamos bien, se formó un remolino de gruesos cuerpos que giraban; chocando, corneándose, corriendo enceguecidos y locos, en un rezongo gigante y creciente de bramidos y de horror.

“¡Corrían, corrían, a la desbandada..., mugiendo y girando, rompiéndose las carnes, en la noche negra como tinta!...”

No hay en el trozo transcrito, uno de los más potentes, ni un asomo de retórica; el narrador logra su finalidad con las palabras comunes que pueden hablarse, sin la preocupación cautelosa de escribirlas. Este enlace entre la autenticidad de la visión interna y la palabra, produce su efecto inmediato. El lector cree lo que le están contando, acepta esa verosimilitud artística que es también un requisito de la literatura, por muy fantástica que ella pretenda ser. La cordillera descrita con verdad, hasta donde la imponente mole lítica permite enlazar palabras que no correspondan sólo al asombro o al deslumbramiento, por el Padre Alonso Ovalle, por el alemán Poeping, por Mariano Latorre en “Cuna de Cóndores”, por Juan Modesto Castro en “Cordillera Adentro”, encuentra, sin buscarlo, en Carlos Rozas Larraín otro de sus acertados descriptores. Pero el último que se agrega a la lista aparenta ser uno de los más simples, hace sentir cierto escepticismo literario, como si las cosas pudieran decirse o no con justeza, en una charla furtiva, con el cigarrillo entre los dedos, o estamparse en una carilla en blanco, y lo demás, las palabras que adornan y rellenan, en busca de una sensación determinada, no tuvieran importancia.

Esta misma técnica natural, desmañada, la lleva el autor de la amplia perspectiva de la naturaleza inmóvil, que posa sin fatigarse, a la silueta justa, rápida, sostenida en dos o tres rasgos. Miremos el retrato de un huaso, ese ejemplar tan genuino de nuestra tierra, que no ha variado ni en sus atuendos ni en su mente, desde tiempos inmemoriales.

Escribe Rozas: “Era una tarde soleada de septiembre, y alrededor de la casa chata de la estación, una nube rosada de duraznos en flor vestía de ropas nuevas al poblacho todo, como para una fiesta.

“Al bajar la escalerilla del vagón, un muchacho delgado y no muy alto, pero de espaldas recias, me recibió las maletas saludándome con amplia sonrisa. Sin esfuerzo reconocí a Pe-

rucho. Los mismos brillantes ojos del color del maqui en la cara ahora huesuda y tosca; la misma nariz respingada sobre la boca ancha, donde brillaba la sola blancura de los dientes en el rostro tostado, igual que avellana madura.

“Nos apretamos en un largo abrazo silencioso, que duraba aún cuando el tren se alejó tranqueteando hacia el sur.

“Nos separamos para mirarnos y apreciar los cambios que nos habían deparado los años.

“Perucho era un hombre enjuto, seco y robusto; y su talla, que era mediana, daba, sin embargo, la sensación de un elástico y acerado vigor.

“Vestía con sencilla elegancia de huaso acomodado.

“El grueso pantalón de lana, cayendo sobre las botas cuidadas, estaba sujeto a la cintura por una faja de seda lacre, cuya flecadura lucía sobre la cadera. Inclinado hacia los ojos, un ancho sombrero de felpa negra de copa redonda, y cubriendo los hombros, una manta corta de lana, rayada en rojo, “cari” y azul.

“Llevaba anudado al cuello un pañuelo de seda negro, y la corta blusa de brin permitía entrever, a la espalda el mango de hueso de un cuchillo metido en la faja.”

Nada más y nada menos. Si un europeo quisiera conocer lo que es un huaso, desde su periferia, tendría que leer esta estampa; si anhelara apreciar lo que es América en su complejidad sensorial, mezcla de español, de indio y de negro, debería leer otras obras de mayor tensión psicológica, de más lirismo y vitalidad en el paisaje, captado todavía más subjetivamente, con toda la fuerza de nuestra idiosincrasia, a las cuales Carlos Rozas aporta, con este “Campo Viejo” un valioso antecedente.